

PIOJO QUERÍA UNA MEDIALUNA DEBAJO DEL FLEQUILLO

Por Fabián Sevilla

HABÍA UN PIOJO...

PIOJO QUERÍA UNA MEDIALUNA DEBAJO DEL FLEQUILLO por Fabián Sevilla

PERMITIDO SU USO DIDÁCTICO. PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL

Adivinancero, coplero, chistoso, cantor y cuentero era Piojo.

Y quería tener una medialuna en la frente.

Una noche, Piojo se puso a saltar, estirarse, afinarse para alcanzar la medialuna, descolgarla y ponérsela en la frente, debajo del flequillo.

Y saltaba y se estiraba y se afinaba y... ¡ni cosquillas le hacía a la medialuna!

La otra, muerta la risa allá arriba, se le burlaba:

Petisito choricito,

Petisón salchichón,

Yo aquí tan alto

Vos, bajito como un chicharrón.

—¡Laquetepanconqueseo, che! —se quejó Piojo.

JUSTO PASÓ LA LAGARTIJA QUE RONCABA DESAFINADO...

—¿Qué hacés, Piojo? —le preguntó.

—Quiero tener esa medialuna en la frente, pero soy bajito como un chicharrón. ¿Me ayudás?

—Dale —se prendió la lagartija que roncaba desafinado—. Pero a cambio, antes, lárgame una adivinanza

El piojo adivinancero, coplero, chistoso, cantor y cuentero pensó, un ratito nomás, y entonces le dijo:

Hay un bichito,

que siendo mosca

no es doña,

pues tiene un “don”.

A la lagartija que roncaba desafinado le encantó la adivinanza. Pero le pareció difícil y luego de darle vueltas al asunto, resopló:

—Me doy por vencida.

—Aun siendo mosca, no es doña y tienen un don... ¡El moscardón! —le explicó Piojo.

La lagartija aceptó la derrota y dejó que se le subiera a cococho.

Quedó un poquito más alto el piojo; pero todavía muy lejos de la medialuna que quería tener en la frente.

Y saltaba y se estiraba y se afinaba y... seguía sin poder atraparla.

—¡Laquetepanconqueseo, che! —se quejó Piojo.

—¡Ufa! —se lamentó la lagartija que roncaba desafinado.

Y desarmaron la escalera de dos.

LLEGÓ LA YARARÁ QUE USABA UNA BUFANDA DE LUCIÉRNAGAS...

—¿En qué andás, Piojo? —le preguntó.

—Quiere tener esa medialuna en la frente —respondió la lagartija que roncaba desafinado.

—Pero soy bajito como un chicharrón. ¿Nos das una mano?

—¡Meta! —aceptó la yarará que usaba una bufanda de luciérnagas—. Eso sí, antes decime una coplita.

El piojo adivinancero, coplero, chistoso, cantor y cuentero se puso un dedo en la boca, para pensar. Y al rato, como quien no quiere la cosa, recitó:

No me tires con piedritas

que me vas a lastimar;

tírame con tus ojitos

que me vas a enamorar.

La yarará, que era enamoradiza y lectora de grandes poetas, le agradeció de todo corazón la copla.

Entonces, Piojo se subió a cococho de la lagartija que roncaba desafinado, que se montó en la frente de la yarará que usaba una bufanda de luciérnagas.

Quedó un poquito algo más alto, el piojo; pero aún le faltaba un montonazo para estar cerca de la medialuna que quería tener en la frente.

Y por más que saltaba, se estiraba, se afinaba, seguía sin poder agarrarla.

—¡Laquetepanconqueseo, che! —se quejó Piojo.

—¡Ufa! —se lamentó la lagartija que roncaba desafinado.

—¡La flauta! —suspiró la yarará que usaba una bufanda de luciérnagas.

Y la escalinata de tres se deshizo.

VINO EL QUIRQUINCHO QUE FREÍA TORTAS FRITAS...

—¿Qué te pica, Piojo? —le preguntó.

—Quiere tener esa medialuna en la frente —respondieron la lagartija que roncaba desafinado y la yarará que usaba una bufanda de luciérnagas.

—Pero soy bajito como un chicharrón. ¿Nos darías una auxiliadita?

—De mil amores —comentó el quirquincho que freía tortas fritas—. Con una condición: contame un chistecito de los tuyos.

El piojo adivinancero, coplero, chistoso, cantor y cuentero no puso “peros” ni “peras”. De una, contó:

Una vieja seca, seca

Seca, seca se casó

Con un viejo seco, seco

¿Y saben qué?

¡Se secaron los dos!

A los que lo habían escuchado, la carcajada se le escapó como pasa con las abejas cuando les sacuden el panal. El quirquincho estuvo así de ahogarse de la risa y lloraba de pura contentura nomás.

Cuando se calmaron, el piojo se subió a cococho de la lagartija que roncaba desafinado, que se montó en la frente de la yará que usaba una bufanda de luciérnagas, que se subió sobre el caparazón del quirquincho que freía tortas fritas.

Quedó un poco más alto, el piojo; cada vez más cerca pero no tanto de la medialuna que quería tener en la frente.

Por más que saltaba, se estiraba, se afinaba, seguía sin siquiera poder pellizcarla.

—¡Laquetepanconqueseo, che! —se quejó Piojo.

—¡Ufa! —se lamentó la lagartija que roncaba desafinado.

—¡La flauta! —suspiró la yará que usaba una bufanda de luciérnagas.

—¡A la perinola! —lloriqueó el quirquincho que freía tortas fritas.

Y desarmaron la torrecita de cuatro pisos que habían armado.

APARECIÓ EL ZORRO COLORADO QUE PISABA UVAS PARA HACER... VINO PATERO

—¿Por qué esa cara, Piojo? —le preguntó.

—Quiere tener esa medialuna en la frente —respondieron la lagartija que roncaba desafinado, la yará que usaba una bufanda de luciérnagas y el quirquincho que freía tortas fritas.

—Pero soy bajito como un chicharrón. ¿Nos hacés la gauchada?

—Para eso estamos los amigos —saltó el zorro colorado que pisaba uvas para hacer vino patero—. Pero le pido un favor: ¿Antes no me regalaría un cantito?

El piojo adivinancero, coplero, chistoso, cantor y cuentero sacó la guitarra. Ajustó las clavijas para afinarla y luego de hacerse gruñir los dedos, entonó:

*Amigo zorro colorado,
cogollito de álamo verde,
estos versos se los canto
pa' que de su amada se acuerde.*

Al homenajeado le vino el recuerdo de su novia y con los morros tiritando por la nostalgia, agradeció el canto con cogollo.

Cuando dejó de pucherear, el piojo se subió a cococho de la lagartija que roncaba desafinado, que se montó en la frente de la yarará que usaba una bufanda de luciérnagas, que se subió sobre el caparazón del quirquincho que freía tortas fritas, que se paró en la punta de la nariz del zorro colorado que pisaba uvas para hacer vino patero.

Quedó un en verdad más alto, el piojo; pero ni por asomo se arrimaba a la medialuna que quería tener en la frente.

Por más que saltaba, se estiraba, se afinaba, seguía sin poder pillarla.

—¡Laquetepanconqueseo, che! —se quejó Piojo.

—¡Ufa! —se lamentó la lagartija que roncaba desafinado.

—¡La flauta! —suspiró la yarará que usaba una bufanda de luciérnagas.

—¡A la perinola! —lloriqueó el quirquincho que freía tortas fritas.

—¡Mecachoendiez! —protestó el zorro colorado que pisaba uvas para hacer vino patero.

La torre de cinco pisos se desarmó.

LLEGÓ VOLANDO EL FLAMENCO QUE LE HACÍA COSQUILLAS EN EL
OMBLIGO A LOS ALGARROBOS...

—¿Qué te anda pasando, Piojo? —le preguntó.

—Quiere tener esa medialuna en la frente —respondieron la lagartija que roncaba desafinado, la yarará que usaba una bufanda de luciérnagas, el quirquincho que freía tortas fritas y el zorro colorado que pisaba uvas para hacer vino patero.

—Pero soy bajito como un chicharrón. ¿Nos prestás un ala?

—A mi juego me han llamado —aseguró el flamenco que le hacía cosquillas en el ombligo a los algarrobos—. Lo que sí, ¿me contarías un cuento de esos que tan bien te salen?

El piojo adivinancero, coplero, chistoso, cantor y cuentero no se hizo rogar. Casi sin respirar, relató:

La gallina Llina

y el gallo Bayo

plantaron un repollo.

Al poquito tiempo,

les nació un pollo.

A todos les pareció cortito el cuento, pero simpático. Lo comentaban sin notar que Piojo se iba poniendo impaciente.

Se acabaron los comentarios y el piojo se subió a cococho de la lagartija que roncaba desafinado, que se montó en la frente de la yarará que usaba una bufanda de luciérnagas, que se subió sobre el caparazón del quirquincho que freía tortas fritas, que se paró en la punta de la nariz del zorro colorado que pisaba uvas para hacer vino patero, que se ubicó en puntitas de pie en el pico del flamenco que le hacía cosquillas en el ombligo a los algarrobos.

Quedó bastante más alto, el piojo; casi que creyó sentir el perfume que lanzaba la medialuna que quería tener en la frente.

Pero por más que saltaba, se estiraba, se afinaba, seguía sin poder enredarla entre sus dedos.

—¡Laquetepanconqueseo, che! —se quejó el piojo.

—¡Ufa! —se lamentó la lagartija que roncaba desafinado.

—¡La flauta! —suspiró la yarará que usaba una bufanda de luciérnagas.

—¡A la perinola! —lloriqueó el quirquincho que freía tortas fritas.

—¡Mecachoendiez! —protestó el zorro colorado que pisaba uvas para hacer vino patero.

—¡Qué macana! —refunfuñó el flamenco que le hacía cosquillas en el ombligo a los algarrobos.

El torreón que había construido se deshizo.

SE LES ARRIMÓ EL PUMA QUE BARRÍA LA VEREDA DE LA CASA DEL AMANECER...

—¿Por qué tan tristón, Piojo? —preguntó.

—Quiere tener esa medialuna en la frente —respondieron la lagartija que roncaba desafinado, la yarará que usaba una bufanda de luciérnagas, el quirquincho que freía tortas fritas, el zorro colorado que pisaba uvas para hacer vino patero y el flamenco que le hacía cosquillas en el ombligo a los algarrobos.

—Pero soy bajito como un chicharrón. ¿Nos das un empujoncito?

—No le voy a decir que no si es sí —estuvo de acuerdo el puma que barría la vereda de la casa del amanecer—. Una cosa: regáleme algo antes.

El piojo adivinancero, coplero, chistoso, cantor y cuentero, un poco agotado pero sin ánimo de quedarse sin lo que tanto quería, lo desafió:

—Más chatita que una hoja,

pasa por el agua pero

nunca de los nuncas,

jamás de los jamases de moja.

Estuvieron largando respuestas. Algunas más o menos coherentes, otras unas burradas increíbles. Y a todas Piojo respondía:

—No, no es eso.

Cuando se dieron por vencidos, les aclaró:

—¡La sombra!

No pudieron contradecirlo. Porque Piojo tenía razón y la cosa no daba como para contrariarlo: de los nervios que le daba no haber conseguido aún lo que tanto deseaba, fruncía el entrecejo y le había comenzado a temblar un ojito.

Se pusieron a trabajar: el piojo se subió a cococho de la lagartija que roncaba desafinado, que se montó en la frente de la yará que usaba una bufanda de luciérnagas, que se subió sobre el caparazón del quirquincho que freía tortas fritas, que se paró en la punta de la nariz del zorro colorado que pisaba uvas para hacer vino patero, que se ubicó en puntitas de pie en el pico del flamenco que le hacía cosquillas en el ombligo a los algarrobos, que se paró en una pata entre las orejas del puma que barría la vereda de la casa del amanecer.

Quedó mucho pero mucho más alto, el piojo; ya casi le llegaba el calor que centelleaba la medialuna que quería tener en la frente.

Pero por más que saltaba, se estiraba, se afinaba, no alcanzaba a abrazarla.

—¡Laquetepanconqueseo, che! —se quejó Piojo.

—¡Ufa! —se lamentó la lagartija que roncaba desafinado.

—¡La flauta! —suspiró la yará que usaba una bufanda de luciérnagas.

—¡A la perinola! —lloriqueó el quirquincho que freía tortas fritas.

—¡Mecachoendiez! —protestó el zorro colorado que pisaba uvas para hacer vino patero.

—¡Qué macana! —refunfuñó el flamenco que le hacía cosquillas en el ombligo a los algarrobos.

—¡La que te pan con queso! —rugió el puma que barría la vereda de la casa del amanecer.

Y la torre hecha de patas, picos, pelos, colas, bigotes y hocicos se desarmó.

EN ESO, CAYÓ EL ÑANDÚ QUE VIVÍA CORRIENDO CARRERITAS CONTRA EL VIENTO...

—¿Para qué te soy bueno, Piojo? —le preguntó.

—Quiere tener esa medialuna en la frente —respondieron la lagartija que roncaba desafinado, la yarará que usaba una bufanda de luciérnagas, el quirquincho que freía tortas fritas, el zorro colorado que pisaba uvas para hacer vino patero, el flamenco que le hacía cosquillas en el ombligo a los algarrobos y el puma que barría la vereda de la casa del amanecer.

—Pero soy bajito como un chicharrón. ¿Te afiliás a la causa?

—Una mano lava la otra y las dos, lavan la cara —respondió el ñandú que vivía corriendo carreritas contra el viento—. Aunque, tendrás que entregarme uno de tus regalitos, ¿Puede ser?

El piojo adivinancero, coplero, chistoso, cantor y cuentero, que no quería perder más tiempo, no puso reparos. Se lanzó a pescar en su memoria y cuando picó, atrapó esta copla:

Al ñandú

no le tirés boleadoras,

que lo vas a lastimar.

Al ñandú

tirale con tus ojitos,

que lo vas a enamorar.

Se habían puesto románticos todos, el zorro más que los otros; y Piojo casi sale disparado por culpa de los suspiros que pegaban.

Apurado y ahora, con los dos ojitos temblequeándole por los nervios, el piojo se subió a cococho de la lagartija que roncaba desafinado, que se montó en la frente de la yarará que usaba una bufanda de luciérnagas, que se subió sobre el caparazón del quirquincho que freía tortas fritas, que se paró en la punta de la nariz del zorro colorado que pisaba uvas para hacer vino patero, que se ubicó en puntitas de pie en el

pico del flamenco que le hacía cosquillas en el ombligo a los algarrobos, que se paró en una pata entre las orejas del puma que barría la vereda de la casa del amanecer, que hacía equilibrio en la punta de una pluma del ala del ñandú que vivía corriendo carreritas contra el viento.

Quedó una barbaridad de alto, el piojo; estaba así de mirar a los ojos de muñeca que lucía la medialuna que quería tener en la frente.

Pero por más que saltaba, se estiraba, se afinaba, aún le faltaba un peldaño para poder tenerla a mano.

—¡Laquetepanconqueseo, che! —se quejó Piojo.

—¡Ufa! —se lamentó la lagartija que roncaba desafinado.

—¡La flauta! —suspiró la yará que usaba una bufanda de luciérnagas.

—¡A la perinola! —lloriqueó el quirquincho que freía tortas fritas.

—¡Me cacho en diez! —protestó el zorro colorado que pisaba uvas para hacer vino patero.

—¡Qué macana! —refunfuñó el flamenco que le hacía cosquillas en el ombligo a los algarrobos.

—¡La que te pan con queso! —rugió el puma que barría la vereda de la casa del amanecer.

—¡Que frustración! —se apenó el ñandú que vivía corriendo carreritas contra el viento.

Y, otra vez, la torre dejó de ser torre.

EN ESE MOMENTO, SE LES ACERCÓ EL GUANACO QUE BAILABA MALAMBO, CUECA Y GATOS...

—¿Por qué tanto lío, Piojo? —le preguntó.

—Quiere tener esa medialuna en la frente —respondieron la lagartija que roncaba desafinado, la yará que usaba una bufanda de luciérnagas, el quirquincho que freía tortas fritas, el zorro colorado que pisaba uvas para hacer vino patero, el flamenco que le hacía cosquillas en el ombligo a los algarrobos, el puma que barría la vereda de la casa del amanecer y el ñandú que vivía corriendo carreritas contra el viento.

—Pero soy bajito como un chicharrón. ¿Serías tan amable de socorrernos?

—Si de dar una pata se trata... —se les pegó el guanaco que bailaba malambo, cueca y gatos—. Yo no soy de brindar un favor por otro, pero usted sabe lo que me gustan sus destrabalenguas...

El piojo adivinancero, coplero, chistoso, cantor y cuentero, que ya sudaba tinta azul, tuvo que ceder al pedido:

*Pororó para el poroto
que al porororero no espera.*

*¿Parará el porororero
para el poroto que no
espera el pororó?*

*¡Qué pare el porororero
o por el pororó, el poroto
se desesperará!*

Uno a uno y todos a la vez, empezaron a repetirlo. Primero despacio, luego más ligerito. Y fue un lío de lenguas trabadas que ni te cuento.

Cuando finalmente lograron destrabárselas, el piojo pudo subirse a cococho de la lagartija que roncaba desafinado, que se montó en la frente de la yará que usaba una bufanda de luciérnagas, que se subió sobre el caparazón del quirquincho que freía tortas fritas, que se paró en la punta de la nariz del zorro colorado que pisaba uvas para hacer vino patero, que se ubicó en puntitas de pie en el pico del flamenco que le hacía cosquillas en el ombligo a los algarrobos, que se paró en una pata entre las orejas del puma que barría la vereda de la casa del amanecer, que hacía equilibrio en la punta de

una pluma del ala del ñandú que vivía corriendo carreritas contra el viento, que se apoyó sobre una pestaña del guanaco que bailaba malambo, cueca y gatos.

Quedó increíblemente alto y cerca, el piojo; había la distancia de una pestaña entre él y la medialuna que quería tener en la frente.

Saltaba, se estiraba, se afinaba... si no se cansaba, antes que cantara el gallo, la tendría para ponérsela en la frente, debajo del flequillo.

—¡Casi casi! —se alegró Piojo.

—¡Un poco y estamos! —lo animó la lagartija que roncaba desafinado.

—¡Cosa de no rendirse! —lo alentó la yarará que usaba una bufanda de luciérnagas.

—¡El que persevera triunfa! —gritaba el quirquincho que freía tortas fritas.

—¡Querer es poder! —lo desafió el zorro colorado que pisaba uvas para hacer vino patero.

—¡El esfuerzo bien vale la pena! —lo inspiraba el flamenco que le hacía cosquillas en el ombligo a los algarrobos.

—¡El mejor premio es el que se consigue con voluntad! —lo aleccionó el puma que barría la vereda de la casa del amanecer.

—¡París bien vale una misa! —exclamó el ñandú que vivía corriendo carreritas contra el viento.

—Hacía falta yo, ¿no? —se jactó el guanaco que bailaba malambo, cueca y gatos.

OCURRIÓ QUE EN PLENO FESTEJO...

... porque el piojo adivinancero, coplero, chistoso, cantor y cuentero ya cazaba la medialuna que quería tener en la frente, de algún lugar salió el zorrino que los domingos comía vinagreta.

Era hediondo el zorrino que los domingos comía vinagreta.

Fue cosa de verlo y el guanaco que bailaba malambo, cueca y gatos sufrió un desmayó. Al cerrar los ojos, se movió la pestaña sobre la que se apoyaba el ñandú que vivía corriendo carreritas contra el viento. Se vino en banda y detrás, el puma que barría la vereda de la casa del amanecer, el flamenco que le hacía cosquillas en el ombligo a los algarrobos, el zorro colorado que pisaba uvas para hacer vino patero, el quirquincho que freía tortas fritas, la yarará que usaba una bufanda de luciérnagas y la lagartija que roncaba desafinado.

—¡Cuidado a abajooooooooooooo! —gritaban mientras se iban en picada.

El último en caer, y el que se llevó la peor parte, fue el piojo adivinancero, coplero, chistoso, cantor y cuentero. Dio uno, dos, tres golpazos contra el piso y se hizo bolsa la frente.

—¡Ay! —dijo.

—Mirate la frente —le señalaron, en cambio la lagartija que roncaba desafinado, la yarará que usaba una bufanda de luciérnagas, el quirquincho que freía tortas fritas, el zorro colorado que pisaba uvas para hacer vino patero, el flamenco que le hacía cosquillas en el ombligo a los algarrobos, el puma que barría la vereda de la casa del amanecer, el ñandú que vivía corriendo carreritas contra el viento y el guanaco que bailaba malambo, cueca y gatos.

El piojo fue a fijarse a un charquito. En la frente, debajo del flequillo, tenía un chichón... bueno, un chichonazo, pero ¡con forma de medialuna!

—¡Ya tengo mi medialuna en la frente! —celebraba, adolorido, pero hecho un cascabel.

Y se fue con sus amigos, a celebrar el haber conseguido lo que tanto deseaba.

Hasta que cantara el gallo, tendrían bastantes tiempo para más adivinanzas, coplas, chistes, cantos, cuentos y todo lo que el piojo quisiera convidarles.

La medialuna, que los miraba irse desde allá arriba, era puras carcajadas mientras repetía:

Petisito choricito,

*Petición salchichón,
Yo aquí tan alto
Vos, contento por tu chichón.*

—FIN—

PERMITIDO SU USO DIDÁCTICO. PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL